

El Bien decir, una Ética que nos convoca.

Para el psicoanálisis, en tanto sujetos del lenguaje, la cuestión de la ética nos atraviesa, siendo un concepto central en nuestra práctica, hoy formando parte del título de este VIII Congreso de Convergencia nos convoca a debatir y a repensarla.

A partir de la lectura de un artículo, publicado en un periódico digital acerca de la necesidad de regulación sobre el avance de la inteligencia artificial, se me suscitaron una serie de cuestiones que intentaré compartir con ustedes. En dicho artículo relataban las distintas posiciones de los CEOs de empresas de alta tecnología. Algunos enfoques sostenían la necesidad de integración de un área que se dedique a pensar la relación existente entre los avances de la inteligencia artificial y la necesidad de regulación de dichos avances. Para algunos de ellos, dicha regulación debía efectuarse desde el estado y globalmente, para otros en cambio, correspondía tratarse tal articulación, en el seno mismo de cada empresa. Quienes sostenían este último enfoque, organizaban espacios de interlocución para debatir acerca de la ética respecto al uso de la inteligencia artificial, incluyendo a filósofos. Otros permitían a algunos de sus empleados que divagarán durante sus horas laborales, para intentar responder preguntas como ¿cuáles son las motivaciones que mueven a los seres humanos?

Pregunta que desde el inicio de la civilización ocupó el interés de los filósofos, sin embargo, es importante preguntarnos acerca de lo que supone ese uso de la inteligencia artificial. ¿Qué incidencias tiene esto en la subjetividad?

Voy a partir de la siguiente pregunta en relación a nuestra práctica en la actualidad.

En este marco ¿Cómo pensar la ética del psicoanálisis?

Sabemos que se trata de una actualidad marcada por el incesante y vertiginoso avance de la inteligencia artificial que afecta nuestras vidas. Este avance de la tecnociencia se oferta en la cultura como una dimensión que soluciona nuestras vidas desde problemas

domésticos, hasta promesas de felicidad. Sin embargo, en nuestros consultorios nos encontramos con la insistencia de un sentimiento que llamaré del sin sentido como motivo de consulta. Y a su vez nos encontramos en correspondencia con dicho sentimiento, un malestar traducido en una suerte de dolor epocal. No importa cuántos objetos se obtengan, ni cuanto se ha escalado en lo profesional, ni cuanto se haya viajado, ni a cuanta tecnología de última generación se haya accedido, nada de eso pareciera calmar la angustia. Paradójicamente ante esto la propuesta es que la angustia deber ser radicalmente eliminada y para ello se ponen en funcionamiento todos aquellos elementos que nos ofrece dicho avance.

Así nuestra cotidianeidad se encuentra afectada por la invasión de algoritmos que parecerían ofrecer la solución a todos los conflictos del sujeto, guiándolos a un supuesto y anhelado estado de felicidad.

¿Esa aspiración del hablante plantearía una vigencia de la ética de Aristóteles sobre la ética del deseo?

La filosofía siempre dejó por fuera aquello que tenía que ver con el deseo apoyándose en la moral y en el sostenimiento de los valores. Aristóteles entendía que el hombre poseía una virtud inherente, a la que consideraba como una capacidad, que conducía al hombre a elegir aquello que razonablemente lo llevaría a realizarse en su propio bien, lo nombró Soberano Bien y lo caracterizó como único y universal. Dicho Bien es el que conduciría al hombre a la felicidad.

Sin embargo, Lacan en su seminario La Ética, se sirve de los desarrollos de Aristóteles para poder profundizar acerca de la originalidad del descubrimiento freudiano. Este sitúa al deseo como concepto primordial, como aquello que mueve al sujeto pero le origina un conflicto con la instancia moral. Freud vino a mostrarnos con su descubrimiento y sus posteriores desarrollos, que la felicidad quedaría solo en el orden de una aspiración. En relación a la ética de los bienes la posición freudiana plantea otra orientación rigiendo la

vida del sujeto. La introducción del sujeto en el orden del deseo traza una diferencia fundamental y epistemológica con lo desarrollado por la filosofía.

Partiendo desde la ética del deseo freudiana Lacan produce un pasaje hacia una ética articulada al concepto de goce. Sin embargo, reconoce que Freud partió de una intuición inicial central, que es de orden ético y que es esencial valorarla para que “no se degrade nuestra experiencia”. O sea que nuestra experiencia y nuestra práctica se sostienen si y solo si sobre una ética.

No obstante, la aspiración del sujeto, de alcanzar la felicidad plena insiste tanto como la muestra acabada de lo inalcanzable que ella es. Este imposible ¿parecería el soporte en el cual se monta el éxito de la Inteligencia Artificial y sus avances?

La introducción del concepto de goce efectuada por Lacan, podrá ayudarnos a pensar cuál podría ser el éxito de la inteligencia artificial y sus avances, aunque el malestar del sujeto es de orden estructural.

La experiencia freudiana nos lo enseña, así advierte Lacan trayendo a su seminario el texto del “Malestar en la Cultura” desde aquella instancia que Freud llamó el Superyó. Lo nombra como un desgarró que impediría al sujeto no solo satisfacer su deseo sino poder encontrar aquel objeto irremediamente perdido, que el desarrolla en la vivencia de satisfacción, sin embargo, desde Lacan contamos con el concepto de lo inconmensurable del objeto, por el cual hay un goce que nunca se va a alcanzar y esto hace a la estructura del sujeto y a lo imposible.

Nos enseña que es por dicho desgarró, que entre otras cosas nos encontramos con que aquellos que podrían ser prójimos se convierten potencialmente en enemigos. En dicho texto, Freud interroga las condiciones y las consecuencias del lazo social, también interroga la importancia de los preceptos morales y la dificultad de cumplirlos, aun con el valor simbólico que ellos han adquirido. Este punto a Freud, en la medida que avanza en su obra y en su experiencia clínica, le resulta cada vez más innegable.

La clínica lo lleva a esta reflexión donde la ética tradicional no resulta eficaz ni para transformar la agresividad propia del hablante, ni para una posible satisfacción plena.

Y es por la creación de este concepto freudiano, das Ding, en tanto que Otro absoluto del sujeto radicalmente al sujeto, que se intenta una y otra vez volver a encontrar, que Freud cuestiona lo planteado por la ética tradicional, ya que sostiene lo imposible de aquel encuentro debido a que das Ding está interdicto para siempre.

La noción de pérdida radical introducida por Freud con el concepto de das Ding, le permite a Lacan articular esto a la cuestión del goce.

Aquello que no tiene significación, el agujero real efecto del significante produce al sujeto marcado por la falta y por el deseo.

Falta, deseo y goce están en las antípodas del soberano bien Aristotélico y fundamentan nuestra praxis.

Lacan tomando los elementos de la Tragedia griega en el caso de Antígona, nos muestra lo problemático que es el deseo. Antígona pone en duda el Bien, en tanto cuestiona el bien como ideal del Otro. Ella desobedece la moral. Antígona decide sepultar a su hermano a riesgo de su propia muerte. Ese acto revela su posición de no ceder ante su deseo, que le sirve en ese momento para ubicar la posición del analista.

Con el deseo del analista Lacan nos alerta con respecto a la normalización psicológica, a un “acceso de felicidad sin sombras”. Por el contrario, el análisis no promete al analizante alcanzar su bien. No debemos convertirnos en un “gerente del ensueño burgués”, como nos indicó en dicho seminario.

Y siguiendo esta línea conceptual, la tragedia nos enseña que no hay conciliación entre el deseo y el bien.

Si algo sabemos cómo analistas, es de la imposibilidad de satisfacer la demanda, advertidos acerca de la no posesión de dicho bien y la de su inexistencia. Por tal motivo una de las direcciones del análisis consistirá en encontrar aquel límite, en inscribirlo como castración y es dentro de esas coordenadas donde se dirime la problemática del deseo, nudo de la ética del psicoanálisis.

Ahora bien ¿qué posibilidad de trabajar y sostener la castración frente a un mundo que crea la ilusión de que todo es posible?

Reiterando, la inteligencia artificial presenta la ilusión de un posible encuentro donde no habría desencuentros, donde se podría prescindir de los cuerpos, y en tal sentido parecería que nos encontramos ante un nuevo mandato epocal. La contingencia de la pandemia fue en este sentido la que tristemente marcó lo prescindible de un cuerpo, en tanto tuvo que aceptarse la suspensión de una de las características más humana de los seres hablantes, el rito funerario. El cuerpo del ser amado no solo dejó de ser necesario, en ese tiempo, sino que pasó a ser peligroso. Cuerpos desechados por el peligro, marcaron quizás el origen de un nuevo mandato epocal. Se estableció a su vez la soledad en la enfermedad, aquellos seres queridos no podían ser acompañados en momentos de donde antes nunca hubiesen estado solos, se impidió la posibilidad de establecer lazos con nuestros semejantes. Se impidieron las caricias y el encuentro con el cuerpo del otro y de eso la inteligencia artificial hoy hace “su logro”.

Ambas cuestiones produjeron un efecto de que sería posible soslayar lo real.

En la dimensión de lo que se ofrece como placer, se proponen intercambios sexuales a través de páginas virtuales, donde la mujer que se supone está del otro lado de la pantalla, no es tal, sino un robot, con los algoritmos necesarios para la satisfacción toda del cliente. No se trata solo de las cosas del amor excluidas con sus efectos, sino que se intenta forcluir la falta como causa del deseo y hacer a la relación sexual posible. Cosas del Amor excluidas, no hay falta y la relación sexual se ofrece como posible.

Por otra parte, encuentro en este punto cómo el trabajo de la tecnociencia nos invita a sostener la creencia que el semejante podría no ser del orden de lo necesario, crea la ilusión de que aquellos objetos de última generación, podrían sustituir aquel objeto irremediablemente perdido, aquel otro inexorablemente inexistente. Podemos pensar que tan denodado trabajo científico ha generado un entramado que casi no puede desarticularse en el sujeto, pero los psicoanalistas sabemos que nos volvemos a encontrar en nuestros consultorios con que el sentimiento del sinsentido, con la angustia, con el síntoma, que insiste todavía como motivo de consulta en la actualidad.

El vacío que se intenta tapar pareciera profundizarse aún más, como consecuencia de un mercado que universaliza los modos de goce intentando producir un nuevo ordenamiento de los mismos. Parecerían privilegiarse la soledad y no el lazo entre seres hablantes.

Preguntarnos acerca de nuestra ética respecto a la insistencia de dicho progreso en la actualidad prometiendo la ilusión de que no estamos indefensos ante lo real, es algo que nos compete inexorablemente.

Sabemos que el psicoanálisis es una experiencia del no-todo, de lo incurable de la castración, de aquel objeto anhelado por siempre e interdicto para siempre y en tal sentido la frase de Lacan del 59' hoy tendría más vigencia que nunca, hacerse garante de que el sujeto puede de algún modo encontrar su bien mismo en el análisis, sería una suerte de estafa.

Ahora bien, en este enlace entre progreso científico y malestar, ofrecemos al sujeto la posibilidad de poder soportar la vida de un modo mejor. Lacan nos dijo el psicoanálisis es un sesgo práctico para sentirse mejor. Cuál es entonces nuestra responsabilidad ante el avance científico sin regulación alguna y que promete "la felicidad" plena.

El psicoanálisis vino a enseñarnos que hay saber que no se sabe, que en el encuentro hay desencuentro y que el objeto a que parece dar un soporte al ser, solo se resuelve en su fracaso.

Avanzando en sus desarrollos, en el seminario Encore insiste sobre la articulación del psicoanálisis como aquella estructura del no-todo. Pone en este seminario a la distribución de goce en el centro para poder despejar el sendero hacia el deseo y de este modo poder vivir un poco mejor.

Situando que el saber está del lado de nuestros analizantes, en el decir de cada uno de ellos, Lacan en Televisión hablara de la ética del psicoanálisis como la ética del bien decir. Y que nuestra tarea será poder hacer de ese decir, al que el sujeto se haya sujetado, un decir. Y que alcanzando este bien decir se alcanzara algo del bienestar subjetivo. Seremos quienes rasurando lo sentidos, acerquemos la escritura de un nuevo texto, suprimiendo así aquellos sentidos mortificantes que fijan goces, de los cuales el sujeto no quiere saber, para poder así habilitar nuevas modalidades de goce, que serán la de cada sujeto en su singularidad.

Seguiremos aventurando en una época donde al decir de Bauman: hay una conexión entre el consumismo de un mundo precario y la desintegración de los vínculos humanos.

Interrogar y producir una escritura de esos goces que hoy la inteligencia Artificial, como una nueva modalidad intenta administrar, será nuestro compromiso hoy, esto no es posible si no está articulado a una posición ética.

Involucrarse con lo real en tanto apunta a la falta incurable, y que nos enfrenta a la contingencia del encuentro, seguirá siendo la apuesta de nuestro discurso, arreglárselas con lo que no tiene arreglo.